



SEMANARIO POPULAR.

PERIÓDICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.



Núm. 11.

JUEVES 22 DE MAYO DE 1862.

Los números del año forman un tomo de más de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripción.

Tomo I.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

SUMARIO.

LA CONQUISTA DE MÉJICO.—CASTIGOS SIN CULPA, por José Castreño.—LA MANERA DE VIVIR EN LOS TIEMPOS ANTIGUOS Y MODERNOS, por el marqués de M.****—LAURA.—CANCION DE LA PRIMAVERA, por Pablo Piferer.—LOS TRES HERMANOS, cuento alemán por Grimm.—ECONOMIA DOMESTICA, la tinda y sus diversas preparaciones.—AL TIEMPO, soneto por Francisco de Quevedo.—AVISOS, por Teresa de Jesús (Santa).—LABORES DE SALON.—AJEDREZ POETICO.

LA CONQUISTA DE MÉJICO.

En el trascurso de los tiempos, por dos veces distintas las naves españolas han aportado nuestros soldados á las ardorosas playas de aquella region del Nuevo-Mundo conocida con el nombre de Méjico. En 1517 un caudillo afortunado conducía las tropas de Cárlos V á los paises tan lejanos como desconocidos, cuyos habitantes debian recibir de ellas el conocimiento de las grandes verdades del cristianismo: en 1862 un general valiente y animoso desembarcaba al frente de una expedicion española, desempeñando una mision benéfica y consoladora en nombre de su soberana la reina doña Isabel II. La primera vez, á pesar del asombro que demostraban los mejicanos á vista de los españoles, dieron los naturales el sorprendente ejemplo de invitar á nuestros reyes con la soberanía del pais y pedir su admision en el seno de la Iglesia Católica; la vez segunda, si bien temian el resentimiento de España, han podido conocer los mejicanos la política conciliadora y franca de esta nacion, dechado de lealtad y de hidalguía. De una á otra expedicion han trascurrido más de 400 años; al efectuarse la primera, carecia Méjico de civilizacion, tal como esta palabra se comprende hoy día; al verificarse la segunda, los pueblos mejicanos, si bien combatidos por luchas intestinas, poseen apetecible cultura: una y otra vez los españoles han sabido captarse las simpatías de los habitantes de aque-

llos paises, y al retirarse ahora de sus playas los estandartes de Castilla, han sido saludados con efusion, viendo en ellos la enseña de sus abuelos, la dignidad, la buena fe y consecuencia políticas.

Y no se diga que pretendemos establecer parangon alguno entre la conquista de Méjico por los españoles y la expedicion española que sin combatir regresa ahora de aquellos paises. Querer dar á uno y otro hecho la misma importancia, seria absurdo, pero no dejan de llamar la atencion las circunstancias más ó menos parecidas en que ambos acontecimientos han venido á tomar parte en la historia. La España de Cárlos V ocupaba como la España de Isabel II, un puesto preferente entre las naciones de Europa, pero así como á los soldados de Hernán-Cortés solo les animaba la sed de las aventuras y del pillaje, las tropas del general Prim, el Bayardo español, no llevaban otra mira que el restablecimiento de la paz interior, el desagravio de malhadados ultrajes y la proteccion de los intereses nacionales tan contrariados en las regiones del Nuevo-Mundo. Una y otra vez podrá quizás decirse que Méjico fue conquistado por España, entonces por las armas, ahora con la tolerancia y con la política.

Porque el buen efecto de la reciente expedicion española á las aguas de Méjico, por más que las exigencias de la política hayan impedido demostrar en cien combates el valor y el heroismo de nuestros soldados, es indudable. La marina, ese brazo derecho de las naciones, ese medio formidable de poder, cuando es numerosa, ese vehículo maravilloso de transporte y comunicacion, fuente de riqueza y de prosperidad, tanto si la consideramos como el conjunto de bajeles mercantes y de guerra, como el arte atrevido que domina los mares, que desafía las tempestades, que aísla al hombre entre los elementos, y acomete las empresas más arriesgadas, más útiles y más gloriosas que imaginarse puedan; la marina, decimos, ha llamado en alto grado la atencion

de un pais que como el de Méjico, se halla bañado por el mar en dilatada estension de costas. El ejército, modelo de disciplina, de cultura y de entusiasmo, ha hallado admiradores donde solo esperaba encontrar antipatías. Si la política no ha permitido el choque de las armas, obteniéndose sin derramamiento de sangre la promesa de satisfaccion y desagravio, si el enardecido corazon del soldado no ha hallado en Méjico ocasion para combatir en honra y desagravio de su patria; en cambio la España ha demostrado de nuevo que por fin ha llegado el día en que posee ejércitos y escuadras y en que su pabellon tremole respetado y temido en todas partes, siendo solicitada su alianza por las naciones más poderosas del antiguo continente.

CASTIGOS SIN CULPA.

I.

En 17... vivia en un pequeño pueblo de la Pomerania, para bien de sus humildes habitantes, un anciano afable y cariñoso, cuya sola presencia obligaba á desarrugar la faz al más ceñudo, haciendo participar á todos con sus dulces palabras de la tranquilidad que disfrutaba, y en la que consistia su mayor y más grata influencia.

Durante su juventud al recorrer como estudiante las célebres universidades de Alemania, aprendió á conocer la vida, no en el estéril campo de los libros, si no en la fecunda lucha de las pasiones. El error, la duda, los deseos, la falta, el desengaño; en todos los terribles crisoles del alma habíase probado la suya, y si bebió de las amargas fuentes de la tierra, solo sirvió para que gustase con más afanos cuidado de los celestes manantiales.

Por eso, aun antes de que sus cabellos principiaran á encanecer se retiró de la mundana agitacion, tan lejos del rencor como de la pena, proponiéndose dejar deslizarse en apacible cal-

ma sus últimos días y hacer mas felices en lo posible los de sus hermanos, enseñándoles la palabra divina.

II.

El ministro del Evangelio sabia muy bien que sus modestas intenciones en ninguna parte podrian cumplirse mejor ni producir mejores frutos que distante de las ciudades y aun de las poblaciones algo numerosas.

Y no eran por cierto las tendencias á la soledad y á la misantropía las causas que obraron en su acertada determinacion: era el conocimiento profundo de los hombres y de las cosas.

Pensaba, y con sobrada razon, que no en todos lados es fácil alcanzar el sosiego y quietud que se apetecen aun hallándose exento de cualquier idea ambiciosa; que en la sociedad, sucede por desgracia encontrarse reñidos mas de una vez el bienestar individual con las exigencias y caprichos de la multitud; y pensaba tambien que las grandes ciudades, los pueblos donde reina la animacion y actividad pública, donde con incesante anhelo se ocupan y engolfan sus habitantes en encontrados negocios y asuntos de ruidosa importancia, podrán ser lugares convenientes para predicar la verdad, pero no los mas á propósito para que la verdad sea escuchada.

Semejantes juicios conviene advertir son tanto mas ciertos, cuanto se formulan en ciertas épocas como aquella. Porque aquella era la época en que el Gran Federico hacia de la Prusia, lo que hizo de la Rusia el Gran Pedro, el Gran Gustavo de la Suecia, el Gran Enrique de la Francia, etc., como comparativamente han hecho todos los demás; porque la Providencia ha tenido buen cuidado de conceder á todas las naciones, mas tarde ó mas temprano, lo que habian de menester.

III.

Empero no fueron estos solos motivos, aunque sobrado poderosos, los que resolvieron al buen pastor á que marchase á esconder su existencia en aquella pobre comarca.

Poco antes de su determinacion acababa de quedar huérfano y desamparado el único ser que representaba su estinguida familia; aquella triste noticia fue para él como una inspiracion cuyo generoso impulso no hubiera dudado seguir, aun hallándose en otras circunstancias.

Recoger aquel ser tierno y desvalido, y enjugar sus lágrimas dándole no solo un albergue en la casa, con lo que se encuentra tan satisfecha la beneficencia vulgar, si no mas principalmente en su corazon; ayudarle á entrar en los senderos de la vida, no con el adusto gesto del deber sino con la dulce sonrisa del amor; iniciar su virginal espíritu, no en las preocupaciones sociales, sino en las sencillas, al par que sublimes y eternas verdades de la naturaleza; y despues dejarle libremente como el ave que ya puede recorrer el espacio y posa, sin olvidar el nido, de rama en rama con alegría para dormir ó para cantar: por ventura, ¿no constituia una hermosa tarea á la que era preciso dedicarse?

¡Oh! y el respetable anciano la terminó fielmente.

Verdad que tambien el cielo habia recompensado sus nobles intenciones y sus cuidadosos desvelos, coronándolos con el éxito mas feliz.

Porque Blanca era una criatura angelical.

Si la hubiéseis visto al despertar la aurora, despertar sonriendo como ella de su apacible sueño, abrir la ventana que daba al campo y dirigir con su pura mirada una ferviente oracion comprensible tan solo para Dios.

Si la hubiéseis visto inclinar la cabeza al peinar con trabajo su luenga y sedosa cabellera, levantándola en seguida sin la menor señal de envanecimiento.

Si la hubiéseis visto con qué cariñosa solicitud buscaba todos los medios de agrandar á su abuelito; como ella llamaba al anciano; con

qué respetuosa y espontánea curiosidad estaba pendiente de sus palabras; cómo le obligaba á descansar de cuando en cuando porque no se fatigase mucho al acompañarla en sus infantiles paseos.

¡Y si la hubiéseis visto entonces remover el agua de los arroyuelos para borrar su imágen cuya propia belleza ni siquiera sospechaba!— buscar con tierno afan las florecillas mas ocultas y silvestres para formar lo que ella llamaba un pobrecito ramo.—

IV.

Pero sobre todo os habria gustado mucho mas si la hubiéseis visto los domingos cuando al oscurecer encendia la lámpara del presbiterio y despues de preguntar á su abuelito con la voz aun mas dulce que siempre, si queria alguna cosa, se sentaba á hilar en frente de la puerta, esperando que viniese el maestro de escuela para escuchar con religiosa atencion el trozo de la Biblia que le tocaba leer aquella noche.

Y luego cuando al abrirse la puerta bajaba los ojos para contestar al tímido saludo del jóven Federico, y cuando al principiar la lectura se conmovian sus labios imperceptiblemente como si de una manera misteriosa é involuntaria estuviese pronta su voz á contestar á la otra voz.

Y cuando durante el curso no interrumpido de las páginas bellas, al par que santas, como bajo una desconocida influencia, como si respondiese á las mal reprimidas emociones del lector, se olvidaba mas de una vez del hilo que se escapaba de sus pequeños dedos y hasta se olvidaba de mirar al buen pastor, el que contemplaba lleno de júbilo y esperanzas sus dos ovejas mas queridas.

Si, en tanto que los dos jóvenes agenos á cuanto les rodeaba prestando su vida á otra vida mas elevada, nada sentian dentro y fuera de sí mas que los deliciosos, aunque incomprendibles latidos de su corazon, el anciano con sonrisa benévola daba á cada instante mayor aumento á su gozo al seguir paso á paso las hermosas impresiones de aquellas almas en toda su desnudez, en todo su candor, en cuyos dulces rostros radiantes de belleza, se podia leer como en un libro abierto desde el primero hasta el último pensamiento, en cuyas frentes tersas y puras se reflejaba cuanto acontecia en lo íntimo de su corazon, bien asi como aparecen y reflejan en las tranquilas aguas de una limpia fuente, cuantos objetos guarda en el fondo.

El buen sacerdote habia sorprendido, si asi puede decirse, una cosa que no trata de ocultarse, habia sorprendido desde su nacimiento aquella tierna afeccion; y lejos de oponerse ó viciarla con necios avisos y ridículas precauciones, se contentó con dejar que se desarrollase en toda su naturalidad, contemplando silencioso sus inocentes progresos: siendo el resultado de tan acertada conducta,—que Blanca y Federico se amasen, pero que era él tan solo quien lo sabia.

Por lo demás, Federico era un jóven de carácter apacible y tranquilo y otro pobre huérfano que habia heredado de su padre para vivir modestamente, la enseñanza precisa en aquel pueblo.

Asi nada mas á propósito para que su Blanca fuese dichosa.

Por lo tanto el ministro del Evangelio que habia esperado el tiempo conveniente, solo esperaba ya una ocasion propicia para hechar su bendicion á aquellos dos felices amantes.

V.

Nadie sabe lo que es el amor.

Y sin embargo, son tantos los que dicen á todas horas, que han amado, que aman. Tal vez la mayor parte de ellos engañan ó se engañan, mienten á los demás ó se mienten á sí propios.

Pero aparte de esto tambien consiste en que el amor tiene bien distintas fases y aun opuestas manifestaciones.

La vanidad suele ser amor.

El amor propio tambien.

El dinero aparece muchas veces como amor y amor furibundo.

El ciego deseo, el placer material se califica con frecuencia de amor.

La comodidad, el disgusto, la necesidad, la indiferencia, el miedo, el despecho, la venganza, el abatimiento, la compasion, hasta el odio; todo esto y mucho mas, ó por mejor decir, mucho menos, pasa continuamente por amor.

Prescindamos de tales amores, porque no se les puede conceder lo primero y principal que es la fé.

Pero aun admitiendo varias imágenes amorosas como dignas de acatamiento, siempre queda una sola, que ha sido, es y será eternamente el bello ideal del amor, como el verdadero tipo á que debe aspirar el alma.

¡Bienaventurados aquellos seres, cuyas existencias unidas siempre en plácido cariño, con la vista fija en el cielo buscan y presienten para despues de la muerte, un lugar allí arriba donde repetirse puedan aun cuánto se aman!

¡Bienaventurados aquellos seres cuya reciproca ternura en la infancia se ha convertido en amor en la juventud, en felicidad durante toda la vida, en dichosa inmortalidad despues de ella!

¡Regocijáos vosotros los que sentís esas ardientes pasiones que tan terribles huellas suelen dejar en pos de sí, y que teneis por monótono ese amor dulce y tranquilo, verdadera y anticipada posesion del supremo Bien; regocijáos, pero apresuráos tambien á gozar: por grande que sea vuestra dicha, nunca podrá compararse, fúero fátuo, con la constante llama que en igual pureza sin cesar se eleva.

Y luego en ese amor, por vehemente, por inmenso que sea, hay todo un pasado que no os pertenece; pasado cruel que surge á cada paso sombras ceñudas en el presente que amenazan lo porvenir; pasado odioso que tal vez esconde entre sus rugosos pliegues la perfidia, la maldad, la impureza de uno de los amantes, acaso de los dos; vacío de placeres, tal vez lleno de dolores que con una débil palabra cambia en un momento el ídolo en juguete, la admiracion en desprecio, el claro día en noche tenebrosa.

Por el contrario, ¿podeis comprender en Pablo y Virginia otra cosa que el amor y la felicidad eternas?

¡Pablo y Virginia!

¡Dos flores que crecen juntas y se inclinan mutuamente besando sus corolas!

¡Dos gotas de rocío que descienden en un mismo cáliz y se evaporan al mismo rayo de celeste luz!

¡Dos almas que se encuentran á las puertas de la vida para no sufrir en su tránsito la soledad, para no retardar ni acelerar el paso que las conduce hácia Dios!

¡Oh! este, este es el amor que el alma en sus inmortales horas, cuando rotas las ligaduras terrenas se remonta á su divino origen, sueña, ve, desea y pide á su Creador.

Porque los demás son amores falaces.

Este no mas es el verdadero.

Los demás serán los amores de los hombres.

Este solo es el amor de los ángeles.

¡Ah! sin duda por eso es tan raro en la tierra.

Quizás tambien por eso suele ser tan desgraciado.

VI.

Asi se amaban Blanca y Federico.

Y ahora que gracias al anciano, sabian el secreto mútuo de sus corazones, se complacian en saborear el delicado néctar de su afeccion de la que nada habia cambiado al salir de la ignorancia.

Deliciosos paseos cuya interrumpida conversacion no tenia principio ni fin; tiernas confidencias en el hogar doméstico al lado de su paternal testigo, cuya presencia lejos de impor-

amar era el colmo de la satisfaccion para aquellas inocentes expansiones; proyectos fáciles y risueños para una mañana semejante á hoy; recuerdos infantiles llenos de encanto; esperanzas sencillas y naturales alimentadas con su candor, fundadas en su próximo bienestar; espontáneas demostraciones de gratitud y afecto hacia aquel padre bondadoso á quien debían todo su contento, y en cuya grata compañía confiaban pasar tantas horas de recíproca ventura.

Pero nada de esto era nuevo ni extraño á la verdad, para ellos.

La tenue gasa que flotaba entre ambos, habíase desprendido, pero al tocar la realidad no encontraron la menor sorpresa ni la mas pequeña mudanza.

Sus pensamientos se habían comprendido.

Habíanse sentido sus corazones.

Sus ojos habían servido fielmente de intérpretes.

A la sazón, la palabra venia á desarrollar y á completar la expresion de la inteligencia y del sentimiento en los dos amantes; venia á revelárselo en formas perceptibles, mas no á aumentar ni á revelar el amor á unas almas que se habían adivinado ya.

Por la misma razón miraban lo porvenir sin temor y sin ansiedad, tan exentos de disgusto como de palpitante anhelo.

Y sin embargo no podían menos de regocijarse al pensar que en breve plazo adquiriendo su vida toda la intimidad posible, adquiriría su amor, sino nuevos, mayores goces.

Y deseaban cruzasen rápidos los escasos días que estaban fijados hasta llegar á aquel próximo cuanto feliz, en que á los dulces nombres de hermanos pudieran sustituir para siempre los no menos dulces de esposos.

VII.

Una mañana que Blanca se hallaba alegremente ocupada en desdoblar por la décima vez su modesto, aunque gracioso traje de boda, oyóla el anciano desde la pieza inmediata, arrojando un doloroso grito.

Acudió al momento lleno de susto y por la palidez de la joven y el traje que esta había dejado caer en el suelo como herida súbitamente de un rayo, se convenció á primera vista de la proximidad de algun peligro, de la realidad de algun daño por mas que no atinase la causa.

Pocos momentos bastaron no obstante para conocer que no se había equivocado; porque aproximándose instintivamente á la ventana, junto á la cual permanecía Blanca con la vista fija y las manos caídas como absorta en un cruel pensamiento, oyó en cortos intervalos el repetido redoble de un tambor.

Todo estaba comprendido.

Aquel tambor era la señal del reclutamiento para los jóvenes que les tocaba marchar al ejército.

El buen pastor no pudo menos de sobrecojerse al pronto como Blanca.

Mas luego que la reflexion acudió en su auxilio, logró en breve tranquilizarse, tratando tambien de tranquilizar á la pobre niña que muda é insensible parecia seguir escuchando aquel malhadado redoble, funesto presagio de imprevistos y tristes contratiempos.

—No debemos alarmarnos de esa manera; repitió el anciano atrayendo blandamente á la joven; Federico se salvará en esta ocasion como en la pasada; porque recuerdo perfectamente que la otra vez le faltó cerca de un dedo para poder ser útil á la patria, y si no me engaño, no ha de haber crecido desde entonces acá.

Blanca, empero, aunque creia lo mismo, porque necesitaba creerlo, no fue dueña de contestar al anciano sino por medio de entrecortados sollozos.

Hallábase por desgracia bajo el influjo de uno de esos dolorosos presentimientos que ofuscan la razón y llaman el sufrimiento vago, oculto en un principio, pero cuyo desdichado motivo no se hace esperar largo tiempo,

VIII.

Háse hablado mucho y se tiene que hablar mucho mas acerca de la degeneracion de la especie humana.

Pero entre tantos trabajos y pruebas, ya sacadas de la antigüedad, ya de la organizacion física, intelectual y moral del hombre, por las que discuten tanto en pró como en contra de dicho asunto, existe una prueba superior á todas por lo innegable y patente, que si no decide, inclina bastante la balanza á favor de los que deploran nuestra degradacion.

Esta prueba reúne la ventaja de ser anexa á lo militar; pues consiste en el hecho sucesivo é indudable de la falta de granaderos que progresivamente se va notando cada día.

Mas si los escritores que señalan como cierta y positiva la degeneracion de la especie humana, no han encontrado todavía un remedio para tanto infortunio, con respecto á lo militar háse dado con uno excelente y magnífico en el mas alto grado.

De tal manera eficaz que obvia completamente la dificultad de encontrar granaderos.

De tal manera ingenioso, que se estiende hasta el caso de que escasearan los cazadores.

De tal manera, en fin, absoluto é infalible en sus aplicaciones, que da al traste con los crueles efectos de la degeneracion humana (militarmente, se entiende) mientras haya hombres, por mas que de generacion en generacion se llegue á degenerar en *lilliputenses*.

¿Queréis conocer ese remedio?

Héle aquí:

Teniendo en cuenta la creciente degeneracion de la especie humana se ha resuelto para facilitar el alistamiento forzoso de los mozos que han de ingresar en el ejército, cambiar los términos en que se verificaba, ó lo que es lo mismo, se ha resuelto volver la oracion por pasiva, conviene á saber:

Antes llegaban los hombres á la talla. Desde ahora será la talla la que llegué á los hombres.

El gran Federico acababa de romper de nuevo las hostilidades con el Austria; el ejército prusiano, había sufrido bajas considerables en la última campaña y para restablecerle en su esplendor y aumentar su número, se acudió al famoso remedio que hemos referido.

Blanca no se había engañado en su presentimiento.

Con semejante novedad, el pobre Federico no pudo librarse del servicio á pesar de su corta estatura.

IX.

El día antes de su partida, viéndole bastante triste y abatido, le alejó el buen anciano del pueblelo con pretexto de dar en su compañía otro paseo mas y le habló de esta manera:

—He notado, hijo mio, que te entregas al dolor y que no le opones resistencia. ¿Qué te diré yo por eso? No mas una cosa; que es natural y que yo en tu lugar haria otro tanto.

Vivias tranquilo y sosegado en medio de tu pobreza y horfandad porque el cielo te ha concedido lo que concede á muy pocos; un corazón tierno y amoroso que se completa en otro corazón de ángel; las inocentes horas de risueño deliquio sobre las que se ha deslizado parte de tu existencia, te daban derecho para asegurar por lo restante de ella, la dicha que habías principiado á disfrutar con tanto mas motivo, cuanto que tus intenciones, á mas de ser justas é inofensivas, no se oponían en lo mas mínimo á la marcha regular de las cosas; ibas á ser esposo de la que amabas. Mas hé aquí, que un golpe terrible, mas cruel cuanto mas imprevisto, te priva realizar en un instante tu querido proyecto y te arrebató la felicidad cuando mas próximo te creías á poseerla del todo y para siempre. No seré yo quien pretenda un imposible, exhortándote á que deseches el dolor.

Sufre sí, hijo mio, porque tu pérdida es

considerable, pero no de tal modo cedas al sentimiento que te quite las fuerzas para reparar esa pérdida.

En este revuelto mar de la vida, somos desamparados marineros á quien la deshecha borrasca amenaza de pronto sumir en el abismo, tal vez cuando se creia tocar felice orilla: y efectivamente sucederia así, si entregados al susto y pesadumbre abandonásemos el timon; repuestos por el contrario de la natural congoja, debemos luchar sucesivamente en la bonanza y en las tormentas, contando con nuestros propios recursos y confiando en Dios, un día ú otro, por fin, llegamos á tierra firme.

Por otra parte, los males y los peligros tienen á la vez la ventaja y el inconveniente de presentarse tanto mas atroces, cuanto mas en perspectiva se hallan.

Inconveniente para los ánimos débiles que con frecuencia sucumben antes de alcanzarlos.

Ventaja para los fuertes que al encontrarse frente á frente con la realidad, reconocen ser muy inferior el enemigo y aligeran el temor que les embargaba.

Con respecto á donde vas á partir mañana, estoy seguro y satisfecho hasta cierto punto; tú no harás suerte en la milicia, porque ¡Dios sea loado! no tienes la gloriosa afición de destruir á tus semejantes; pero cumplirás con eso que llaman deber; porque se necesita mucho mas valor para despreciar los reveses de la fortuna que para no hacer caso de las balas.

Con respecto á aquí, ¿qué te podré repetir de Blanca?

Nada que no sepas tú ya perfectamente.

Por lo mismo debes mirar esto como una corta separacion, que haciéndoos conocer mutuamente lo que valeis y lo que sois el uno para el otro, aumente si es posible la felicidad que disfrutaréis al realizar vuestra union, tan solo dilatada por algun tiempo.

Para el presente, hijo mio, el único consejo que puedo darte, es que tengas resignacion.

—¡Resignacion!... murmuró el joven con amargura.

—¡Resignacion! repitió el anciano con la mayor dulzura, advirtiéndole la acerba expresion de Federico; sí, hijo mio, porque la resignacion podrá no ser una virtud, pero es una necesidad conscladora; es la única arma que la desgracia irremediable deja á sus víctimas y solo en un insensato se comprenderia que no usase de ella para defenderse.

Después, estrechando en sus brazos al joven, no pudiendo dominar su emocion, exclamó vertiendo copiosas lágrimas:

—Tú eras feliz, pobre hijo mio, sin hacer daño á nadie; mas hé aquí que algunos seres necesitan para ser felices hacerte daño, mucho daño, á tí y aun á otros muchos.

Mientras subsista en la sociedad la bárbara ley del mas fuerte, subsistirán esas horribles injusticias; pero esas mismas injusticias y esa misma ley labrarán su ruina.

Entre tanto no desesperemos.... porque ¿quién podrá impedir á pesar del tiempo y de la distancia, que Blanca, tú, hijo mio, y vuestro viejo amigo, vuestro pobre padre, sigan amándose como antes y como cuando estaban juntos, se amen eternamente?...

X.

Al amanecer del día siguiente se detenía Federico en el punto mas culminante de la pequeña colina que dominaba el pueblecillo que acababa de dejar á la espalda, para agitar por última vez su pañuelo y ver agitar el de Blanca; para dar á su amante y recibir de ella al propio tiempo, el último adiós.

Media hora antes habían hablado en voz baja cortos momentos.

—Volveré.

—Te esperaré.

Estas palabras que se les oyó pronunciar al separarse y una profunda mirada que se dirigieron mutuamente y que elevaron por último al cielo, equivalió para ellos á las largas y rui-



El emperador de Méjico Motezuma ofrece á Hernan Cortés su imperio para el rey de España.

dosas despedidas de otros amantes que tal vez lo son mucho menos.

Por lo demás, Federico tenia la suerte de no marchar solo.

Llevaba por compañero otro mozo que completaba con él aquella extraordinaria quinta.

Estéban, jóven fornido y bastante estúpido, que aseguró á su prometida habia de hacer carrera, matando muchos pícaros austriacos.

XI.

Los hombres de Estado dicen que las guerras son necesarias.

Los hombres políticos dicen que muchas veces son un bien.

Los legisladores, hasta los filósofos, los hombres todos, las aprueban ó las admiten, si no como benéficas, como necesarias.

Pero ved las razones en que se fundan todos ellos.

Ved tambien las razones en que se fundan las guerras, no ya en la teoría, sino en la práctica.

Aparte del deber, de la justicia, etc., y tantas otras cosas que suelen emplearse en sentido opuesto, siempre resulta que se prescinde, que se olvida lo que parece imposible pueda llegarse á olvidar.

Solo vosotras, mujeres, no os olvidais del corazon.

Vosotras condenais siempre y en todo caso la guerra.

Vosotras no entendeis, no quereis entender esas magníficas razones que dan algunos hombres para que los demás se maten por ellos.

Vosotras no mirais la honra nacional, los compromisos con otras naciones, los apuros que amenazan á los gobiernos pacíficos; no mirais la gloria militar de los que sobreviven y la gloria celeste de los que sucumben; no mirais el medio justo y grandioso de satisfacer la venganza, la envidia, la sed de conquista, la codicia de alcanzar la popularidad, de asegurar el mando, de eludir las responsabilidades, de conjurar el miedo...

Vosotras solo mirais la sangre que se derrama, las víctimas que perecen.

Cuando se hacen aprestos guerreros, cuando suena el bélico clarín, cuando retumba el cañon, vosotras no acariciáis ideas ambiciosas, no



Los mejicanos piden á los españoles les admitan en el seno de la religion cristiana.

formais proyectos lisonjeros, no os regocijais con la próxima victoria... os contentais únicamente con llorar.

¡Oh! llorad si, llorad sobre esos insensatos que corren en busca de la muerte seducidos por la infernal serpiente.

Llorad sobre tantos infelices inmolados en aras de cálculos pèrdidos é hipócritas.

Llorad sobre el hijo del hombre que se atreve á llamar á su Padre, que osa invocar á Dios, él, suicida y homicida á un tiempo.

Dejad, mujeres, que os acusen de ignorancia y de cobardía.

Vosotras sabeis mas, mucho mas que esos desgraciados; porque sabeis que las humanas criaturas no vienen á la tierra para destruirla y destruirse, sino para embellecerla y embellecerse, para vivir y para amarse.

Vosotras tenéis mas valor, mucho mas valor que esos desdichados; porque sufris y esperais; porque no poseéis mas armas que la oracion y las lágrimas; porque hasta que llegue el dia de la redencion aceptais vuestro sacrificio.

Cuando un soberbio y poderoso ejército muestra al mundo su magnificencia, el mundo admira y no se entristece; y sin embargo, cuántos dolores y cuánto luto se escondeu tras aquel aparato y aquellas galas; porque aun suponiendo que todos aquellos hombres, en fuerza de la ordenanza y de la obediencia pasiva, se hayan convertido en máquinas, ¿qué soldado, decid, no tiene una amante, una esposa, una hija, una hermana, una madre?

Aun concediendo que la guerra pudiese traer la felicidad, tened entendido que seria á costa de la mitad del género humano.

(Se concluirá en el próximo número.)

JOSÉ CASTREÑO.

LA MANERA DE VIVIR

EN LOS TIEMPOS ANTIGUOS Y MODERNOS.

El magnate español, ora acaudalado por el cúmulo de sus mayorazgos, ora indiano enriquecido por las flotas y granjerías ultramarinas, comenzaba el dia refugiándose en la capilla ja-

manto, prestado por Murillo á la Virgen Inmaculada.

Hoy ¡qué diferencia! Apenas abrimos los ojos, el periódico de nuestro partido nos trae la ración de odio bastante para todo el día. Llegamos de prisa á la oficina como empleados ó como pretendientes; á la bolsa como verdugos ó como víctimas; al parlamento como actores ó como público... y... hé aquí el día pasado ya.

Sin luz del sol nos sentamos á la mesa, quizá lujosamente decorada, pero desprovista de paz y escasa alegría comemos; manjares extraños entre huéspedes extraños también, y nos levantamos de ella sin volver los ojos á la mano invisible que multiplica las mieses y hace germinar los racimos.

Como nuestra morada es estrecha y nuestra familia escasa para nuestro recreo, en los cafés, en los teatros, en los casinos, buscamos anchura, muchedumbre y bullicio, y ya á deshora de la noche volvemos á nuestra casa, ahumados los vestidos, agitado el corazón, vacío el entendimiento.

No entendemos lo que quiere decir casa solar, hogar paterno ni habitación de verano, porque cada seis meses mudamos de vivienda, y cada año pasamos los Pirineos, los Alpes, el Atlántico quizá, sin mas objeto que el andar, y lo volvemos á pasar sin mas provecho que venir.

Nuestros mayores buscaban devoción y amistad, y se inscribían en las hermandades como la de la Caridad, de Sevilla, ó de Cañizares, de Madrid; nosotros no sé lo que buscamos; pero nos asociamos en los clubs y en las compañías anónimas. Su hacienda consistía en casas espaciosas y en estensas heredades; su ciencia la encerraban numerosos volúmenes; sus artes brillaban en suntuosos edificios, claustros y galerías. Hoy lo queremos llevar todo en el bolsillo: nuestro tesoro *en cartera*, nuestra ciencia *en manual*, nuestras artes *en album*.

EL MARQUES DE M. *****



Laura.

trimonial, al pie del retablo que Becerra ó Montañés, Correa ó Morales habían adornado, y que sus propios blasones realizaban. Buscaba allí las inspiraciones de su conducta cotidiana; y de hinojos sobre la losa que de tiempo en tiempo daba entrada á una persona querida de su corazón, ofrecía á Dios y á su memoria las obras todas y los afectos de aquel día.

Cierto que era este compasado y monótono, empleado como el anterior y el otro precedente, ya en el servicio del rey (que así entonces se personificaba la patria); ya en provecho y aumento de la propia hacienda; pero aquel servicio se cumplía sin temor de inminentes cesantías, y este provecho se lograba sin afán de medros repentinos.

Alto aun el sol, congregaba á su familia á la mesa frugal y no mas que aseada, bendita al principio con la invocación de Dios, y santificada al fin con la memoria de aquellos que la muerte había arrebatado. No se extendía luego el paseo, en charolado coche ultramarino, mas allá de las alamedas del pueblo nativo, ó del claustro del vecino convento, rico en pinturas edificantes; y al caer de la tarde se repetían piadosas oraciones ante una Virgen, quizá de Juanes, en medio de fieles domésticos, criados en verdad, porque en la casa habían nacido, y medrado en ella como hijos de ganancia.

Al amor del gigantesco hogar, la historia de los héroes del cristianismo servía de lectura, y de conversacion el recuerdo de las campañas de Flandes y de Italia, y el de las navegaciones á las Indias. Tal vez, departiendo con su esposa, extendía su ambición á agregar un recuerdo de aquellos hechos, ya en cuadros, ya en tapices, á la antigua vinculación de su casa: tal vez el amor paternal inspiraba á ambos el deseo de fundar nuevo mayorazgo para su hijo menor, ó de instituir una pia memoria que diese á la vez caudal á sus descendientes, satisfacción á su piedad, y altar y culto á la imagen de su devoción.

Cuando, en fin, se retiraban los dos consortes al casto lecho en que sus padres habían dormido el último sueño, y en que ellos contaban bendecir á sus hijos, ¡cuán grato les era terminar el día como lo habían comenzado, saludar el austero continente con que Rivera pintaba el santo patrono, y dormirse bajo el estrellado

LAURA.

Nacida esta dama, á la que tan célebre han hecho los versos de Petrarca, en las inmediaciones de Aviñón, en 1308, y enlazada con Hu-



Asombro de los mejicanos á vista de los españoles.

go, señor de Somaria, no tardó en hacerse famosa por sus virtudes, sus gracias y su hermosura que la conquistaron el renombre de *bella*. Petrarca, restaurador de las letras y padre de la buena poesía italiana, concibió tal entusiasmo por ella que la consideró siempre como señora de sus pensamientos, inmortalizándola en sus memorables composiciones. Mas de 300 sonetos y mas de 80 canciones fueron compuestos por el joven Petrarca en alabanza y honra de la bella Laura, inteligente tambien en materias poéticas, pues se asegura era una de las damas mas distinguidas de Aviñon que formaban parte de la *corte de amor* y discutian el mérito de los trovadores en los juegos florales. El respeto y la afición que tenía Petrarca para con la interesante Laura, casi rayaba en una especie de culto, en términos que se supone que antes de casarse con Hugo no había querido el poeta pretender su mano con el pretexto frívolo de que siendo su esposa dejaría de elogiarla. Petrarca fue consecuente en su entusiasmo para con Laura, pues consagró á esta enteramente su musa, no solo durante 20 años, mientras la hermosa Laura vivió, sino aun por espacio de 40 años despues de su muerte que ocurrió en Aviñon en 1348, á consecuencia de una cruelísima peste.—Al pasar una vez por Aviñon el caballeroso monarca Francisco I, dispuso la restauracion del sepulcro de Laura y la honró con un epitafio en versos franceses. Pero mejor y mas conocido de la posteridad ha sido el que le hizo en italiano su admirador y amante el mismo Petrarca, que comienza de este modo:

*Qui riposan quei caste e felici ossa
Di quell' alma gentile e sola in terra*

CANCION DE LA PRIMAVERA.

Ya vuelve la primavera:
suene la gaita,—ruede la danza:
tiende sobre la pradera
el verde manto—de la esperanza.

Sopla caliente la brisa:
suene la gaita,—ruede la danza:
las nubes pasan á prisa,
y el azur muestran—de la esperanza.

La flor rie en su capullo:
suene la gaita,—ruede la danza:
canta el agua en su murmullo
el poder santo—de la esperanza.

¿La ois que en los aires trina?
suene la gaita,—ruede la danza:
—«Abrid á la golondrina,
que vuelvo en alas—de la esperanza.»

Niña, la niña modesta:
suene la gaita,—ruede la danza:
el mayo trae tu fiesta
que el logro trae—de tu esperanza.

Cubre la tierra el amor:
suene la gaita,—ruede la danza:
el perfume engendrador
al seno sube—de la esperanza.

Todo zumba y reverdece:
suene la gaita,—ruede la danza:
cuanto el son y el verdor crece,
tanto mas crece—toda esperanza.

Sonido, aroma y color:
(suene la gaita,—ruede la danza):
úñense en himnos de amor,
que engendra el himno—de la esperanza.

Morirá la primavera:
suene la gaita,—ruede la danza:
mas cada año en la pradera
tornará el manto—de la esperanza.

La inocencia de la vida:
(calle la gaita,—pare la danza)
no torna una vez perdida:
perdí la mia:—¡ay mi esperanza!

PABLO PIFERRER.

LOS TRES HERMANOS.

Un hombre tenía tres hijos y no poseía mas bienes que la casa en que vivía. Todos sus hijos querían heredarla y no sabía cómo arreglarse para no perjudicar á ninguno. Lo mejor hubiera sido venderla y repartir el dinero entre los tres, pero no podía decidirse porque era la casa de sus antepasados. Al fin dijo á sus hijos:—Marchaos á correr mundo, aprended cada uno un oficio y cuando volváis, heredará la casa el que tenga mas habilidad.

Agradóles la proposición: el mayor resolvió ser herrador, el segundo barbero, y el tercero maestro de esgrima. Cuando se separaron prometieron estar en casa de su padre en un día señalado. Todos ellos se pusieron con buenos maestros que les enseñaron bien sus respectivos oficios. El mariscal herraba los caballos del rey y pensaba que la casa sería suya. El barbero afeitaba á grandes señores y pensaba tambien que la casa vendría á ser para él. En cuanto al aprendiz de maestro de armas, recibió mas de un floretazo, pero apretaba los dientes y no se desanimaba. Pues creía que si tenía miedo no sería para él la casa.

Cuando llegó el tiempo fijado volvieron los tres á la casa de su padre. Pero no sabían cómo buscar la ocasión para manifestar su habilidad. Hallábanse hablando de su situación un tanto embarazosa, cuando acertó á pasar una liebre corriendo por la llanura.

—¡Diablo! dijo el barbero, hé aquí uno que viene como marea en cuaresma.—Y cogiendo la vacía y el jabon hizo la espuma mientras el animal estaba cerca. Corrió despues tras él, le jabonó á la carrera y le afeitó el bigote sin detenerle ni cortarle, ni tocarle á ninguna otra parte de su cuerpo.—Eso es admirable, dijo el padre, si tus hermanos no lo hacen tan bien será para tí la casa.

Un instante despues pasó á escape una silla de posta.—Padre mio, dijo el herrador, ahora vais á ver lo que sé hacer yo.—Y corriendo tras el coche quitó á uno de los caballos las cuatro herraduras al galope y le puso otras cuatro.—Eres un buen muchacho, le dijo su padre, vales tanto como tu hermano y no sé en verdad cómo decidir entre los dos.

Mas el tercero dijo á su vez.—Ahora me toca á mí, padre mio. Y como empezase á llover sacó su espada y la agitó en todos sentidos encima de su cabeza, de modo que no le tocó ni una sola gota de agua; aumentó la lluvia y cayó al fin como si la echasen á cántaros, mas pasó toda el agua con su espada y permaneció hasta el fin mojándose tan poco, como si hubiera estado cubierto dentro de su cuarto. El padre al ver esto no pudo ocultar su asombro.

—Tú la has ganado, le dijo, la casa es tuya. Los otros dos aprobaron la decision de su padre, llenos de la misma admiración. Como se amaban todos mucho, permanecieron los tres juntos en la casa, ejerciendo sus oficios y ganando mucho dinero. Vivieron dichosos hasta una edad avanzada y habiendo muerto entonces uno de ellos, se disgustaron de tal modo los otros dos, que cayeron enfermos y murieron tambien. A causa de su comun habilidad y su recíproco afecto se los enterró á los tres en la misma tumba.

GRIMM.

ECONOMÍA DOMÉSTICA.

LA TINTA Y SUS DIVERSAS PREPARACIONES.

Muy difícil sería indicar la época fija en que se empezó á hacer uso de la tinta de escribir. Lo que hay únicamente de cierto, es que los

antiguos, nuestros maestros en la mayor parte de las cosas, poseían, respecto á este punto, nociones muy precisas, y que empleaban para este uso, un líquido que tenía mucha analogía con el de que actualmente nos servimos. Ellos escribían sobre el *papyrus* ó el pergamino, con unos junquillos ó canitas cortadas en punta, esta hendida como la de nuestras plumas, y mojaban su estremidad en un líquido colorado, ni mas ni menos que como lo hacemos nosotros hoy. Plinio nos dice (lib. XXXV, cap. 25), que en su tiempo, y aun mucho antes de él, se componía la tinta con el carbon procedente de la combustion del *teda*, el cual se trituraba en un mortero, añadiéndole despues una disolucion gomosa. La excelencia de este procedimiento ha sido probada en una Memoria leída á la Academia de ciencias de París, y no ha quedado la menor duda respecto á esta materia.

Además, los chinos, como lo prueban sus dibujos y grabados asi como los del Japon, que datan algunos de ellos de mas de trescientos años antes de Jesucristo; los chinos, decimos, han empleado tambien de tiempo inmemorial, una tinta compuesta de negro de humo ó de carbon desleído, tenido en suspension en una disolucion jabonosa ó alcalina por medio de un cuerpo glutinoso; á lo cual añaden y añaden aun,—porque entre ellos todo se hace por tradicion,—un poco de almizcle ó de alcanfor, para darle ese olor característico que todo el mundo conoce.

Las personas que se han ocupado en la lectura de antiguos manuscritos, habrán notado con extrañeza un hecho singular, pero por otra parte de fácil esplicación, y que consiste en que todos los escritos que datan de los siglos V al XII, son muy legibles y están perfectamente conservados; al paso que los manuscritos del siglo XV y del XVI, se hallan degradados de tal modo que cuesta una pena indecible el descifrarlos. ¿A qué debe, pues, atribuirse esta diferencia?—Esto consiste probablemente en que los copistas del siglo V y siguientes, hasta el XII, escribían en pergamino ó papel de algodón bastante poroso, con la tinta antigua; mientras que los escribientes de los siglos XV y del XVI empleaban un papel hecho con trapo viejo de hilo, menos poroso por consecuencia, y una tinta compuesta de nuez de agalla y de sulfato de hierro.

La tinta varía en su composición, segun el uso á que se la destina; porque, segun es sabido, no sirve solo para la caligrafía propiamente dicha, sino que tambien se la emplea en la imprenta, en la litografía, en el dibujo, en la pintura á la acuarela, ó lavado, en la autografía y hasta en la marca de la ropa.

La preparación de la tinta de escribir es bastante fácil: hé aquí, segun Chaptal, cómo debe procederse en esta operación:

Mézclanse por una parte, $\frac{1}{3}$ de astillas de palo de campeche á $\frac{2}{3}$ de nuez de agalla pulverizada, y se las hace hervir, durante dos horas, en una cantidad de agua, en la proporción de unas 25 veces mas del peso de los ingredientes indicados; reemplazando el agua á medida que se evapora;—por otro lado se satura un poco de agua tibia con goma arábica triturada;—y en fin, en otro vaso distinto, se hace una disolucion de sulfato de hierro ligeramente calcinado, marcando 14 á 15 grados en el aréometro de Baume. A esta disolucion se añade sulfato de cobre en la proporción de $\frac{1}{15}$ (en peso) de la agalla empleada. Hecho esto, se mezclan 6 partes, en volumen, de la decocción de agalla y campeche á 4 partes de agua gomada, y se le hecha en seguida 3 á 4 partes de la solución de sulfato de hierro, teniendo cuidado de agitar bien el líquido, que inmediatamente toma un color negro azulado bellissimo.

Se ha ensayado distintas veces el sustituir con otros líquidos el agua pura de lluvia que debe emplearse en la preparación de la tinta, pero la experiencia ha demostrado la inutilidad de estos ensayos. El uso del vinagre, el vino blanco y el aguardiente, deben desecharse si se quiere tener buena tinta.

Otra receta muy sencilla y que da tambien muy buen resultado es la siguiente :

Nuez de agalla quebrantada. 1 libra.
Sulfato de hierro (*caparrosa*). $\frac{1}{2}$
Goma arábica. $\frac{1}{2}$
Azúcar terciada. 2 onzas.
Agua. 4 azumbres.

Se hace una fuerte decoccion de agalla en tres azumbres de agua, y se pasa por tamiz ó por un pedazo de tela; se añade á este licor, ya claro, la goma, el azúcar, y luego la caparrosa que se ha disuelto separadamente en la azumbre de agua restante; se agita esta mezcla de tiempo en tiempo, y se la deja al contacto del aire, hasta que la tinta haya adquirido un hermoso color negro azulado: se la deja entonces reposar, y despues se saca cuidadosamente sin turbar el líquido, y se pone en botellas que se lacran con esmero.

Al lado de la tinta líquida de escribir debe colocarse naturalmente otra clase de tinta que, aunque sólida, sirve para el mismo uso en el país donde se ha inventado. Queremos hablar de la tinta de China. Entre nosotros, esta sustancia se ha empleado siempre y sigue empleándose con especialidad para el dibujo á la aguada.—Varias son las opiniones que sobre su preparacion se han emitido desde la antigüedad; y sin embargo, se sabia desde el origen, como hemos dicho al comenzar este artículo, que se fabricaba con carbon ó negro de humo, y una disolucion de gelatina de asta de ciervo, mezclada con un poco de almizcle y alcanfor.—Hermann y Toucroy pretenden que los chinos la preparan con la sépia, líquido negro que da un pescado conocido con el nombre de *gibia*; y Thompson indica una mezcla de negro de humo, con una solucion de goma laca en la sal borra. Pero la verdadera receta es la publicada por el padre Duhalde, que está copiada de un libro chino, y cuyo tenor es el siguiente.

Se hacen hervir en agua, gengibre y otras plantas esenciales, cuyos nombres no están traducidos del chino, pero que es fácil suponer tratándose de plantas aromáticas: despues se clarifica esta decoccion, y se hace evaporar el líquido hasta la consistencia de extracto. Se añaden, sobre 330 gramos de este extracto, 125 gramos de cola de piel, y luego se incorpora á esta mezcla cerca de 320 gramos de negro de humo: de todo esto se hace una pasta homogénea que toma diferentes formas, dibujos y letras en relieve, en los moldes de madera en que se la comprime. Al sacarla de los moldes, estas barras de tinta se colocan algun tiempo entre ceniza, para hacerlas secar sin que se rajen. En la China emplean el negro del humo de las lámparas y quinqués, el cual recogen en unos platos suspendidos sobre la llama.—Proust asegura que el negro de humo tratado por la potasa, y molido con la cola de pez purificada (*cola piscis*), le ha dado una tinta que los hombres de arte han encontrado superior á la verdadera tinta de China. Asi, de todos los trabajos y ensayos de los químicos modernos, resulta que las materias primeras de la tinta de China, son el carbon, una disolucion de gelatina ó cola piscis, y cuerpos odoríferos ó fragantes, tales como el almizcle ó el alcanfor.

Para conocer si la tinta de China es buena, se frota en un plato con una gota de agua, y si la tinta que se acaba de deshacer, despues de seca, y la parte de la barra frotada, están turbias, arenosas y sin brillo, es una seña infalible de que la tinta no vale nada;—mas si por el contrario, se las ve claras, lisas y brillantes, la tinta debe ser buena, sobre todo si al secarse su superficie se cubre de una película de aspecto metálico. Despues de esta primera prueba, se puede deshacer un poco de tinta bastante espesa para poder trazar un rasgo bien puro y bien negro, y cuando esté seco, pasar por encima, con un pincel, una capa de agua clara; y si la tinta de este rasgo hecho en el papel, se deshace de nuevo, ó si solamente se ensancha y se hace el rasgo desigual, es un signo de la mala calidad de la tinta, porque la

buenadebe sufrir el lavado sin alteracion alguna.

Estando considerada la tinta de China como indeleble por los reactivos, la comision nombrada por la Academia de ciencias de París para examinar los medios de prevenir la falsificacion de los billetes de comercio, enmiendas en recibos y documentos públicos, etc.;—ha propuesto las tintas siguientes:

1.º *Tinta indeleble ó imborrable para emplearla con plumas de ave*: Tinta de China disuelta en agua acidulada por el ácido hidroclórico del comercio, marcando 1 grado y medio en el areómetro de Baume.

2.º *Para escribir con plumas metálicas*: Tinta de China disuelta en agua hecha alcalina por medio de la sosa cáustica, marcando un grado en el areómetro de Baume.

La adición del ácido hidroclórico y de la sosa tiene por objeto el hacer penetrar la tinta en el papel á pesar del encolado, y la proporcion de esos dos agentes químicos, deberá seguir idéntica progresión que la misma encoladura.

3.º *La tinta para escribir sobre los metales*, y con la que se pueden marcar los objetos que quedan espuestos á la humedad, se obtiene mezclando perfectamente:

Cardenillo. 4 parte.
Sal amoniaco. 1 parte.
Negro de humo. $\frac{1}{2}$
Agua. 10

4.º *La tinta simpática ó de traslado*, que sirve para las prensas de copiar cartas, es simplemente una tinta ordinaria, en la que se disuelve $\frac{1}{3}$ de azúcar candi.

5.º *Las tintas de imprenta y de litografía* son mezclas de diferentes cuerpos grasos y resinosos, á los cuales se añade negro de humo en proporciones convenientes para darle color.

6.º *La tinta para marcar la ropa* se prepara disolviendo 2 partes de azotato (nitrato) de plata fundido, en 7 partes de agua destilada, á la cual se añade una parte de goma arábica y un poco de tinta China. La parte del lienzo donde haya de ponerse la marca se prepara untándola con un poco de jabon, sobre el cual se pasa una plancha caliente, y en la superficie lisa que resulta, se escribe con la disolucion metálica que queda esplicada, ó bien se imprimen los caracteres con un sello de madera grabado en relieve que se moja en dicha tinta. Estos caracteres son indelebles.

AL TIEMPO.

SONETO.

¡Cómo de entre mis manos te resbalas,
Oh, como te deslizas, edad mia!
¡Qué mudos pasos traes, oh muerte fria:
que con callado pie todo lo igualas!

Feroz de tierra el débil muro escalas,
en quien lozana juventud se fia:
mas ya mi corazon del postrer dia
atiende al vuelo sin mirar las alas.

¡Oh condicion mortal! ¡oh dura suerte!
¡Que no puedo querer vivir mañana
sin la pension de procurar mi muerte!

Cualquier instante de la vida humana
es nueva ejecucion, con que me advierte
cuán fragil es, cuán mísera, cuán vana.

FRANCISCO DE QUEVEDO.

AVISOS.

La tierra que no es labrada, llevará abrojos y espinas, aunque sea fértil: asi el entendimiento del hombre.

Entre muchos siempre hablar poco.

Nunca te entremetas á dar tu parecer en todas las cosas, si no te lo piden ó la caridad lo demanda.

Jamás hagas cosa que no puedas hacer delante de todos.

No pienses faltas ajenas, sino las virtudes, y tus propias faltas.

No hagas comparacion de uno á otro, porque es cosa odiosa.

TERESA DE JESUS.

LABORES DE SALON.

Manteleta princesa.—Vamos á dar la descripción (y esplicacion para ejecutarla) de la graciosa sencilla y elegante manteleta llamada princesa, propia para señoritas muy jóvenes. El fondo de la manteleta se compone de un cuadro de linó blanco ó muselina muy clara y fina que tenga una vara y tercia en cuadro. La mitad del pañuelo-manteleta, es decir, la punta que ha de ir encima se guarnece con un rizado de muselina ó linó igual á la manteleta de diez centímetros de ancho y cinco varas de largo al cual se hará un dobladillito muy estrecho todo alrededor y se fruncirá y pegará á la manteleta, por el medio, luego se rizarán con las tenacillas los lados y hace muy buen efecto. La otra mitad de la manteleta se guarnece con un volante tambien de la misma tela, de media vara de alto, y con un jareton de ocho centímetros. Este volante debe tener siete varas de largo. Se coserá al borde de la mitad del pañuelo y se repartirá el vuelo del volante en once tablas por cada lado del pañuelo: cada tabla debe tener diez centímetros haciendo que las de cerca de la punta de atrás del pañuelo estén mas juntas que las otras. Se pondrá dentro de cada tabla (por el revés) una cinta color de lila que tenga tres centímetros de ancha. La de la tabla de la punta de atrás tendrá quince centímetros de larga y cada una irá disminuyendo medio centímetro. Ya no resta mas que poner al estremo de cada cinta (por el derecho) un lazo de la misma. Otro lazo de cinta del mismo color pero mucho mas ancha sujetará el pañuelo manteleta por delante. Otra cintita tambien de igual color pero muy estrechita tapará el cosido del rizado de la otra manteleta, la cual se pondrá lo mismo que un pañuelo, con la punta del volante debajo y la del rizado encima, haciendo que dicho rizado sirva de pié al volante de la otra punta.

Borla para adornar abrigos ó manteletas.—Sumamente útil es el ejecutar, por via de distraccion, las preciosas labores que continuamente se están inventando, pero la borla de que vamos á ocuparnos tiene doble aliciente pues además de su utilidad reporta gran economía y su ejecucion es facilísima. Se empezará por bordar una estrellita con torzal, felpilla ó cuentas negras sobre glase del color que se quiera bordando dos para cada borla que se vaya á hacer: se cortará despues el glase en redondeles del tamaño de un duro haciendo que en cada uno de ellos haya una estrella en el centro, y se eubrirá con cada uno una *alma de boton* de madera que tenga seis centímetros de circunferencia sujetando la tela por el revés del boton con puntas á todas direcciones y teniendo mucho cuidado de que la estrella bordada quede enteramente en medio. Se juntarán dos de estos botones con un punto por encima todo al derredor y se tapaná esta costura con un cordoncito ó trencillita negra: hecho esto se sujetarán en la trencillita que cubre la costura con seda muy gorda, seis borlitas de unos diez centímetros de largo á distancia de medio centímetro una de otra, es decir, que quedarán suspendidas de la mitad inferior del boton. Cosidas ya las indicadas borlitas solo queda por hacer lo siguiente: sujétese bien por ambas puntas, en el centro superior de la costura del boton un cordoncillo negro de diez centímetros de largo. Cúbrase de seda *laca* negra y del otro color del boton una hormilla de madera redonda gruesa como una avellana y otra de forma de bellota mucho mas pequeña y pásense por el cordón que se ha cosido, primero la redonda y luego la otra, quedando asi la borla terminada, la cual se cose al sitio donde se la destine por la lazadita de cordón que queda arriba de la bellotita. Respecto de las seis borlitas se hacen cubriendo varias veces (como si se devanase) de seda negra ó del color que se quiera un cartón de diez centímetros de longitud, luego se pasará por uno de los dos estremos una aguja enebrada con seda fuerte la cual se anudará



Costumbres del Ecuador.—Indios en traje de fiesta y bailando.

fuertemente; córtese por el otro extremo todas las sedas y luego cójase la seda con que se ha atado y naturalmente penderá de ella la borla que se sujetará por junto á su atadura con la mano izquierda, y con la derecha se rodeará á ella torzal grueso hasta que se vea que queda bonita y proporcionada borla.

Tegido á gancho para colcha.—Ninguna señorita ignora lo muy *en moda* que está el hacer colchas á ganchillo y no dudamos que nos agradecerán el que les demos la esplicacion para ejecutar una cuyo dibujo es lindísimo, enteramente nuevo y de tanta solidez que la colcha será casi *indestructible*.

Se empezará por hacer una cadeneta tan larga como anchura se quiera dar á la colcha; advirtiendo que se debe hacer con algodón y ganchos bastante gruesos: tambien se advierte que no se ha de cortar el hilo á cada vuelta pues que toda la colcha se hace *yendo y viniendo*, es decir, dando vuelta á la labor á cada extremo. Se empezará, como se ha dicho con una cadeneta y despues se harán cuatro vueltas lisas, solo que se meterá el gancho siempre no en la malla que le corresponde sino en el hilo que detrás de ella se encuentre. Al principio de cada vuelta se hará un punto de cadeneta con el fin de poder meter en el último punto de la vuelta anterior el primero de la que se empieza. Con la vuelta quinta se empieza el dibujo del modo siguiente: 15 puntos sencillos; se echa el hilo sobre el gancho y se hace una barra no en la malla de la vuelta precedente, sino en el hilo de detrás de ella y téngase cuidado de dejar la barra sin apretarla. Se pasa una malla ó punto de la vuelta anterior y se hacen 9 puntos sencillos; luego una barra ejecutada como queda explicado, un punto sencillo, una barra, otro punto sencillo y asi alternando hasta que se hayan hecho 10 barras, luego 9 puntos sencillos, 10 barras alternadas, 9 puntos sencillos y asi hasta que al extremo de la vuelta se hagan 15 puntos sencillos. Con esta primera

vuelta queda empezado el dibujo el cual se seguirá en las vueltas siguientes haciendo la sexta vuelta toda de puntos sencillos: la sétima 14 puntos sencillos, una barra, un punto sencillo, una barra, 9 puntos sencillos, 9 barras alternadas con puntos sencillos, 9 puntos sencillos, una barra, un punto sencillo, una barra y sigase hasta que al final de la vuelta se hagan 14 puntos sencillos.

—La octava vuelta toda de puntos sencillos. Se continúa de este modo, es decir, alternando una vuelta con barras y otra de puntos sencillos, aumentando una barra donde se empezó con una y disminuyendo una donde se aumentó con 10, cada vuelta de barras hasta que donde se empezó con una barra se hayan hecho ya doce, y que la que se empezó con 10 no tenga mas que una; sobre la cual se harán puntos sencillos hasta que se vuelve á empezar otro cuadrado por un punto como ya se hicieron, el cual se empezará cuando se halle con 10 barras el que tenia 12 y se continuará de la misma manera hasta concluida la colcha. Se advierte que siempre se debe hacer el dibujo sobre una barra un punto liso y sobre un punto liso una barra.

Si esta labor se hiciese con lana de dos colores, uno el fondo y otro el dibujo, seria tambien de muy buen efecto.

AJEDREZ POÉTICO.

El fuego que prende en paja

El	ño.	Que	le	due	co	Si	daño:
ja	lo	ño.	ga	al	Va	en	Que
Es	fue	mas	ma	po	el	el	leño,
co	gla	y	prin	sen	un	su	O
go	muy	la	su	y	un	co	ne
se	El	cipio	sato	duro	de	paja	frir
in	que	no	casa	frir	de	vie	se
que	no	sen	pren	pre	y	con	en

El ajedrez poético se juega para ganarlo y descifrarlo, saltando una casilla, sea hacia adelante ó hacia atrás, á la derecha ó á la izquierda, pero siempre de una casilla blanca á otra negra, ó de una casilla negra á otra blanca.

La esplicacion en el número próximo.

Por todo lo no firmado J. GASPAR,
editor responsable.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses. —Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo. —Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.
PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Libreria de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31, Moro, Puerta del Sol; Durán, Carrera de San Gerónimo; Dochao, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Mathen.
En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.